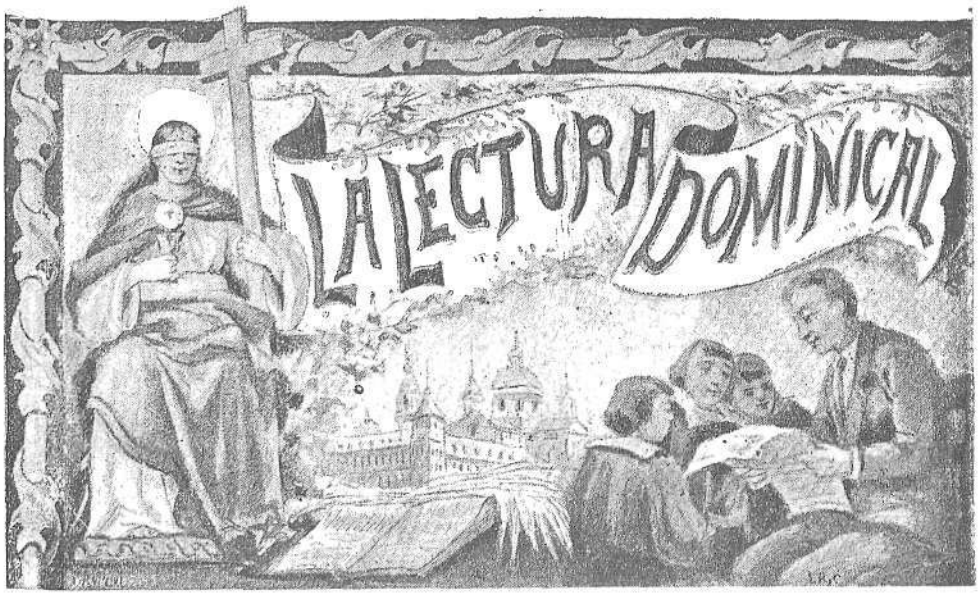
AÑO I Domingo 18 de Febrero de 1894 NÚM. 7.º



LA SEMANA

Pocas noticias, pero muy malas.

Los republicanos españoles celebraron el aniversario de la proclamación de la república española, felizmente muerta en la flor de su infancia. Según costumbre, este *memento* lo solemnizaron reuniéndose en distintos banquetes, al final de los cuales se brindó por todo lo alto. Esta práctica de los *aniversarios-banquetes,* indica bien á las claras qué es lo que los republicanos lloran pasado y desean en lo futuro.

*
* *

Con los últimos brindis de los desterrados del presupuesto coincidieron los primeros destellos de los bailes de Piñata, horrible profanación que el demonio de la moda ha implantado en España. Se celebraron varios de ellos en teatros y sociedades particulares, y llamaron la atención singularmente los de niños, otra novedad detestable, que nunca censuraremos bastante, en bien de la salud de las pobres criaturas, y, sobre todo, de la salud de sus almas. En muchas casas particulares y de personas importantes se rindió culto también al baile, y se dieron mascaradas con todo el salero y buen ánimo del mundo. Eso es; y luego no se explican muchos el despego de algunos ricos para con los pobres, y el odio de los pobres para con los ricos.

Eso es. ¡Qué importa que media España se muera de hambre! Ya que el demonio nos lleve, que nos coja bailando y disfrazados á ver si así no nos conoce, y si hemos de volar con la dinamita, aprovechemos los días que nos restan de vida y de dinero, y... á bailar. A bien que estamos en Cuaresma y somos muy católicos y hasta pensamos ir á los ejercicios espirituales... pero, por supuesto, sin perder turno en el Real.

*
* *

Continúa preocupando la pública atención el resultado de la Embajada española que fué á Marruecos á pedir al sultán el castigo de los riffeños y una indemnización de guerra. Lo primero parece ya asunto resuelto: pero en lo segundo se viene tropezando desde hace días: nuestros gobernantes, que, olvidados por completo del Evangelio, se han dedicado ahora al estudio del Corán, andan turulatos buscando una sentencia del Libro Sagrado para la morisma que obligue al sultán en conciencia. Pero el sultán, como mu-

© Biblioteca Nacional de España

chos que no es necesario decir, parece ser que no sabe lo que significa ese chisme.

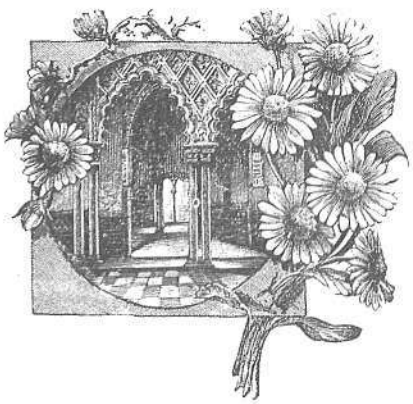
***

La racha de crímenes ha continuado en la Península en la misma proporción y tremendo apogeo que la semana anterior. Los suicidios están á la orden del día, y son sus víctimas gentes de todas las clases y procedencias. Pero estos otros crímenes extraordinarios, cometidos por jornaleros y artesanos, prueban lo que es y lo que puede esperarse del pueblo cuando no tiene temor de Dios y vive en la ignorancia en que ahora vegeta.

***

Fuera de nuestra España, también se dejan sentir los efectos de otra racha de más terribles consecuencias. Los anarquistas han cometido otro crimen. Un francés, llamado Bretón ó Lebretón, echó una bomba de dinamita en el hotel *Terminus* de París, hiriendo á veinticuatro personas y matando á una. Preso y sujeto, ha declarado ser anarquista, odiar á la burguesía y *propagar por medio del hecho* sus principios, que han de regenerar á la sociedad. No se trata ya de un caso aislado, de una locura singular, sino de una epidemia terrible que va á acabar con el mundo, si no es que el mundo se convierte ó salva, ó si no es que definitivamente se acaba, que hay quien lo asegura con toda seriedad.

Por lo menos, es cosa ya de prepararnos convenientemente y pedir constantemente á Dios que nos coja confesados.



¿ESTAMOS EN CUARESMA?

o estamos, y los verdaderos cristianos bien lo sabemos. Pero para las gentes del mundo, para lo que se llama *la sociedad*, para el Estado oficial, y para los que bullen, se agitan y hacen ruido, la verdad es que apenas se conoce.

España es una nación católica; Madrid es una población católica; pero...

Los teatros siguen abiertos como si ni las empresas, ni el público que á ellos asiste, se hubieran enterado que habíamos entrado ya en el santo tiempo de la penitencia y de la oración. Siguen abiertos, y representando dramas y comedias indecentes é impíos.

En todos los periódicos que se llaman de «gran circulación», porque son, en efecto, los que lee mayor número de personas, anúncianse diariamente los *menús* de restaurantes, cuyos dueños tampoco deben haberse enterado que estamos en cuaresma, toda vez que en los cubiertos que sirven, alternan en escandalosa promiscuación los platos de carne con los de pescado.

Y en una crónica de buena sociedad leemos: «Acabaron los bailes, y hemos entrado en la época de las grandes comidas, de los suntuosos banquetes.»

¿Que hemos entrado en la época de

© Biblioteca Nacional de España

las grandes comidas? ¡Al demonio no se le ocurriría otra cosa! ¿Y esa época es la de cuaresma, y entre cristianos?

¿Son estos los ejemplos que deben darse al pueblo? ¿Es esta la manera que tiene nuestra buena sociedad y nuestra nación de manifestar la religión que profesan?

Nada, señores Heliogábalos, á comer, ó, mejor dicho, á devorar y á derrochar, á gastar en un baile ó en un festín lo que bastaría para levantar un asilo ó un santo hospital, que derrochando de esa manera, irritando de esa manera á los pobres hambrientos é insultando su miseria y su desnudez, así se resuelve la cuestion social. Ya lo vais viendo cómo se resuelve; díganlo París y Barcelona.

El hecho es que profanado el miércoles de Ceniza con máscaras y con el asqueroso entierro de la sardina; profanado el primer domingo de cuaresma con bailes y más máscaras; profanada toda la cuaresma con impías y obscenas representaciones teatrales y con escandalosos banquetes de promiscuación, ¿en qué se conoce que nuestra patria es católica? ¿En qué se conoce que estamos en cuaresma?

No sucedía así en la cristiana sociedad de nuestros abuelos. Entonces sí que se conocía que había llegado la cuaresma. No era, no, que se interrumpiese la vida civil: las gentes seguían trabajando, como todo el año, y también paseaban; porque el pasear no es malo, para el que puede hacerlo sin faltar á sus obligaciones. Pero se suspendían todos los espectáculos y todas las diversiones que pudieran ser peligrosas para la virtud, y que resultan de todo en todo incompatibles con la austeridad y recogimiento propios de estos santos días de penitencia y de oración. Y ¡ay del fondista que se hubiera atrevido entonces á pregonar cubiertos á cinco pesetas, con salmón de primer plato y carne de vaca de segundo! A la cárcel hubiese ido por escandaloso, por ofender los sentimientos de sus conciudadanos, por faltar descaradamente á los preceptos de la Iglesia.

Hoy no; y en un Estado católico, en una sociedad católica, en una nación católica, es cosa de preguntar: ¿pero estamos ó no en cuaresma?

QUIERO SALVARME

Todos dicen: quiero salvarme, pero pocos ponen los medios para conseguirlo.

Un cortesano que había gastado su vida al servicio de su rey, fué atacado de una enfermedad mortal. El monarca, que lo amaba tiernamente, fué á visitarlo con algunos otros de sus cortesanos, y viéndole tan á la postre, movido á compasión, le dijo:

—¿Puedo servirte en algo? Pide cuanto quieras, nada te rehusaré.

—Señor—respondió el enfermo—en la triste situación en que me hallo, una cosa sola puedo pediros, y es, que me concedáis un cuarto de hora de vida.

—¡Oh! Eso no está en mi poder — dijo el rey—pideme otra cosa en que pueda satisfacerte.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué—replicó el moribundo—hace cincuenta años que os sirvo y no me podéis conceder un cuarto de hora de vida? ¡Ah, si hubiese servido tan fielmente y por tanto tiempo á Dios Nuestro Señor, me concederia no sólo un cuarto de hora más de vida, sino toda una eternidad de bienaventuranza!... Y diciendo esto, exhaló el último suspiro.

¡Dichoso él si supo aprovechar la lección que á otros daba sobre la vanidad de las cosas humanas, y la necesidad de trabajar para salvar el alma!

Sección piadosa.

LECTURAS DOMINICALES

LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA

(S. Mateo, cap. XVII, vv. 1.º y siguientes.)

JESUCRISTO, nuestro Señor (dijo don José á sus oyentes), fué Dios y hombre verdadero. Su divinidad es el fundamento de la religión cristiana. Por un misterio incomprensible de amor al hombre, la segunda Persona de la Santísima Trinidad encarnó en las purísimas entrañas de una Virgen, y fué hombre, sin dejar de ser Dios.

Durante su paso por este mundo, Jesucristo apareció á los ojos de los hombres como un hombre; pero no por eso dejó de revelar en ocasiones su Divinidad, y una de las más señaladas fué en este pasaje de la Transfiguración, que nos recuerda la Iglesia en la segunda dominica de Cuaresma, leyéndonos en la Misa el trozo evangélico de San Mateo, en que se refiere.

La tradición constante de la Iglesia coloca el lugar de este prodigio en la cima del monte Tabor. El Evangelista sólo dice que fué en un monte alto. Tomó Jesús consigo á tres de sus discípulos, que fueron San Pedro, al que habia de poner como piedra fundamental de su Iglesia, y dejar en el mundo por Vicario suyo; á Santiago, el Mayor, Apóstol de España, el primero de los Apóstoles que habia de sufrir el martirio; y á San Juan, el discípulo amado que habia de dar en su Evangelio testimonio tan solemne de la divinidad de su Maestro.

Llegados Jesús y sus acompañantes á la cima del monte, transfiguróse Nuestro Señor, *resplandeciendo su rostro como el sol*, y tornándose sus vestidos como la nieve blancos. Los sorprendidos y enajenados Apóstoles vieron entonces aparecer al lado del Maestro á dos varones, en los que reconocieron á Moisés, el libertador y legislador de los israelitas, y á Elías, el profeta más grande y más popular en Israel; y Moisés y Elías hablaban con nuestro Señor; y los discípulos, suspensos, mudos de admiración, no se atrevian ni á moverse, temerosos de turbar la solemnidad sobrenatural de aquella extraña y augusta escena. Pero San Pedro, el más valeroso, franco y entusiasta de los Apóstoles, rompe el silencio con una de aquellas salidas suyas que tan bien retratan su carácter de hombre resuelto y candoroso, y exclama: «Señor, bien estamos aquí; si quieres, construiremos tres tiendas, una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

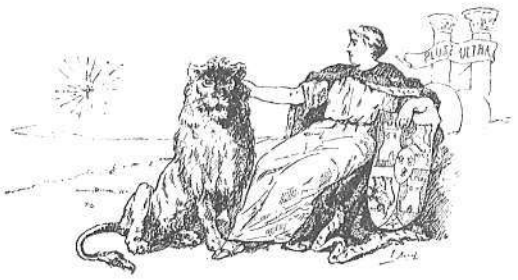
Aún estaba hablando el Apóstol, cuando una nube luminosa los envolvió á todos, y se oyó una voz que dijo: «Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido; á El escuchad.» Y cuando oyeron esta voz, los discípulos tuvieron gran miedo, y cayeron sobre la tierra, apoyando en ella sus rostros. Jesús se acercó á ellos, y les dijo: «Levantaos, y no temáis.» Y alzando los ojos, no vieron más que á Jesús. Y al bajar del monte, les mandó Jesús que no contasen á nadie aquella visión hasta que hubiese El resucitado de entre los muertos.

¿Qué he de añadiros, hijos mios, al relato que acabáis de escuchar? Vivid prevenidos contra los herejes y racionalistas que niegan la divinidad de Nuestro Señor, diciendo que Jesucristo *fué una bonísima persona; pero* nada más que hombre. Así se expresan los Strauss, Renán y otros corifeos de la mo-

© Biblioteca Nacional de España

derna impiedad. Esta blasfemia es irracional de todo punto. Si Cristo no hubiera sido más que hombre, todo el Evangelio sería una impostura, y el mismo Cristo un impostor y un malvado. No hay escape: ó Dios ó impostor. Los impíos no se atreven á sostener lo último; porque la belleza moral de nuestro Señor les impone con la evidencia de su virtud. Reconocen, pues, que nuestro Señor fué el más santo de los seres que han aparecido en el mundo; pero al reconocer esto, como no tienen más remedio que reconocerlo, dan testimonio de su Divinidad; porque no cabe ser bueno, y al mismo tiempo impostor y blasfemo, como lo sería el que sin ser Dios, dijese de sí mismo: «yo soy Dios». No hagáis caso, hijos míos, de esos racionalistas impíos, y repetid siempre, hasta que la muerte os visite: *Creo en Dios Padre, Todopoderoso, y en Jesucristo, su único Hijo.*

Noticias y comentarios.



Hemos visto el catálogo de individuos de que consta la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón de María, Instituto religioso fundado por el Excmo. Sr. Claret el año 1849 en la ciudad de Vich, y actualmente extendido por varias diócesis de Europa, Africa y América.

Según el censo formado en 31 de Diciembre último, el mencionado Instituto cuenta con 1.039 religiosos profesos, 175 novicios y 412 postulantes; total, 1.626 individuos.

Lleva establecidas en diferentes diócesis de España 25 casas y colegios, 4 casas en la República de Chile, 3 en la de Méjico y 8 casas colegios en el Golfo de Guinea, ó sea en Fernando Po y demás posesiones españolas en la costa occidental de Africa.

Este Instituto religioso se dedica á la moralización de los pueblos por medio de las Misiones, ejercicios espirituales y otras clases de predicaciones y á la instrucción de los niños de primera enseñanza ampliada, aparte de los colegios de estudios donde hacen su carrera eclesiástica los alumnos pertenecientes al mismo Instituto.

Aunque su fundación data, como se ha dicho, del año 49, su desarrollo no comenzó hasta el 68, en que se cumplió una profecía del venerable fundador Sr. Claret: «No crecerá, dijo, este árbol mientras no se riegue con sangre.» Y, en efecto, regado en la época revolucionaria con la sangre de un mártir, el reverendo P. Francisco Crusats, perseguido en los demás individuos y principalmente en la persona de su dignísima cabeza el Rdo. P. José Xifré, Superior general (que hoy día sigue rigiendo los destinos del Instituto desde el 1.º de Mayo de 1858), expatriado en Francia y privado de todo cuanto en España poseía, comenzó á desarrollarse paulatinamente, y en solos cinco lustros ha conseguido llegar al estado floreciente en que hoy le admiramos.

Es de esperar que tome mayor vuelo todavía el Instituto de los Misioneros Hijos del Corazón de María, cuando la Santa Sede haya aprobado la heroicidad de las virtudes de su preclaro fundador el siervo de Dios Antonio María Claret, cuyo proceso informativo de beatificación se está hoy revisando en Roma.

En la Cañiza (Galicia) se ha dado sepultura al cadáver de un vecino de Melón llamado José Moreno, muy conocido por sus escándalos, embriagueces y otras libertades. Un verdadero *melón*.

Estaba tan fanatizado por el error, que llegó á mandar que se le enterrase civilmente y amortajado con números de *Las Dominicales*. Bonita mortaja para no hallar dificultad hasta los quintos infiernos.

Y sucedió lo que no podía menos de suceder: que el infeliz ha muerto en medio de la carretera sin que nadie le amparase; pues en una posada que existe por allí no quisieron socorrerle, tomándole por un malhechor.

© Biblioteca Nacional de España

Vivió apartado de Dios y de la Iglesia, y murió solo, sin encontrar una mano compasiva que le socorriese en tan terrible trance... ¡Qué ejemplo para los impios! En contraposición á esta noticia, podemos señalar otra: la muerte del virtuoso sacerdote don José Gómez, varón celosisimo y activo hasta un punto increible, que empleó toda su vida en el desempeño de su sagrado ministerio, y ha muerto tan santamente como vivió.

Las Dominicales, que se entusiasman muchisimo con la *Bella Chiquita* y con sus bailecitos completamente librepensadores, no pueden tragar á la Asociación de Padres de Familia, y echan contra ella pestes y venablos. ¡Es natural! A los del libre pienso y el baile libre les escuece la valiente campaña de tan noble Asociación, que les busca el bulto y les azota donde les duele. Pero chillen, rabien y pateen cuanto quieran, que los Padres de Familia no perderán la ocasión de sentarles las costuras y poner grillos á las bailarinas del can-cán y bozales á ciertos escribidores que usan lodo en vez de tinta, v. gr.: los *filósofos*... de *Las Dominicales*.

Al freir será el reir.

Algunos periódicos se permiten el lujo de publicar composiciones en prosa y *berza*, digo verso, lanzando cuchufletas á la cuaresma y guaseándose del rezo y el ayuno.

Ya se vé. ¡Como que para ganar el cielo basta ser revistero de salón y comer higado de ganso en casa del Marqués del Apio ó mascar pavo trufado en la del Vizconde del Comino! ¡Y ancha Castilla! Pero al freir será el reir, y esas comilonas de cuaresma suelen indigestarse el dia de la cuenta final.

Las Dominicales se descuelgan en su último número haciendo un parangón entre Santiago, patrón de España, y el desdichado Chies. ¡Vamos! si eso no fuera una horrible blasfemia, seria una payasada cuyo autor merecia se le dedicase una calle, ó mejor dicho, una *verde pradera*. Pero ¡*Dominicales* de mis pecados!, digo, de los suyos, que deben ser infinitos, ¡si el bueno del Apóstol no fué masón, ni librepensador, ni siquiera concejal, y la epistola que insertan Vds. con tanto desparpajo, tampoco es del patrón de España, sino de otro Santiago, á quien Vds. ni aun de nombre conocen! Nada, que *Las Dominicales* han oido Santiago y no saben dónde, y de todo resulta que tanto se parece el Apóstol á Chies, como cualquier santo á cualquier redactor de *Las Dominicales*.

Los republicanos han conmemorado su sainete del 73, con poco entusiasmo y mucho apetito, con un apetito retrasado veinte años, es decir casi, casi, con hambre canina. ¡Si triunfaran los del gorro frigio! No harian, ni mucho menos, la felicidad del pais, pero sacarian de penas sus pobrecitos y desmayados estómagos. Se comerian hasta los adoquines.

Historia de un convertido.

Un convertido contaba su historia de esta manera:

«Naci de padres judios, y, por consiguiente, de niño profesaba su religión; sin embargo, mi corazón no estaba satisfecho. El Talmud me prometia á Dios, pero no me lo daba, y yo sentia necesidad de tener á Dios. Estando un dia en casa de un amigo mio me encontré con un joven cuyos finos modales y religioso lenguaje me encantaron, tanto que con entera confianza le manifesté todas mis aspiraciones. Era ese joven un ministro protestante; me empezó á hablar de Cristo en un tono que me convenció y me hice protestante. Mas no tardé en experimentar el mismo vacio en mi interior: yo no habia encontrado á Dios. No sabiendo entonces qué hacer, caí en la indiferencia religiosa. Cierto dia una

© Biblioteca Nacional de España

circustancia me llevó con uno de mis amigos á una iglesia católica; noté que el altar estaba profusamente iluminado, y tan pronto como entré me sentí penetrado de una impresión imposible de expresar: era como una voz que me decía: ahí está Dios. No sabía á qué atribuir esto, y al salir de la iglesia comuniqué mis sentimientos á mi compañero, por cierto, excelente católico. «No te extrañes, me dijo, que hayas sentido esto; hemos estado en una iglesia donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento», y me explicó el dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Al momento conocí que había encontrado á Dios. Desde entonces tengo la dicha de ser hijo de la Iglesia católica.

La manifestación en honor de Juana de Arco, promovida por el abate Garnier, ha tenido lugar en París delante de la estatua de la heroína. Después de depositada una monumental corona costeada por la unión nacional, el célebre apostol de los obreros pronunció el siguiente discurso:

«Señores: Voy á deciros sólo cuatro palabras como ciudadano y como francés.

»La primera en honor de Juana de Arco. Su nombre, sus obras, su valor y su martirio han hecho de la virgen de Lorena una de las glorias más puras de Francia, por eso la amamos, por eso la veneramos, por eso la aclamamos: ¡Viva Juana de Arco! *(Grandes aclamaciones.)*

»Vivió sólo para la Francia, y por la Francia murió; siendo esta nación gloriosa que algún día había de arrancar de manos extranjeras su amor más vehemente. Esta manifestación es una gran lección de patriotismo, hoy más necesaria que nunca; es fruto de los ultrajarse que si u cesar la infieren los malos patriotas. Así nosotros, delante de su estatua, gritemos con todas nuestras fuerzas, lo mismo que gritaría Juana de Arco: ¡Viva la Francia! Juana era hija del pueblo, por eso nosotros hemos llamado al pueblo para que la honre. Juana era muy joven, apenas tenía diez y siete años, cuando, abandonando su familia, su hogar y sus ganados, voló al socorro de la Francia; volvió á introducir ante los soldados la moral de los grandes capitanes, que se llamaron Dunois, La Hire y Xaintrailles; reorganizó el ejército y lo condujo á la victoria. Por eso hemos llamado á nosotros la juventud, y felicito de todo corazón á los jóvenes estudiantes que han sido los organizadores de esta gran manifestación.

»Queremos la unión nacional de todas las fuerzas vivas del país, para colocarla bajo la dirección de Aquel que crió á Juana de Arco; de Aquel que formó su fe, su valor y su patriotismo; de Aquel que es y será siempre el amigo de la Francia.

»¡Viva Jesucristo! *(Aclamación.)*

»¡Viva Juana de Arco!

»¡Viva Francia!»

Muchas voces: ¡Viva el abate Garnier!

El 25 de Enero, un célebre librepensador, M. Challemel Lacour, presidente del Senado, tuvo precisión de hablar en su discurso de recepción en la Academia francesa de otro librepensador más célebre que él, Ernesto Renán; en él tenía que hacer el elogio oficial, pero elogio al fin, del autor de la *Vida de Jesús;* en ese discurso la justicia y la mentira resultaron mezcladas de tal suerte, que vino á ser un triunfo completo para la verdad.

M. Challemel Lacour hizo saber á sus sorprendidos oyentes que M. Renán distó mucho de ser ni un gran talento ni de un gran carácter, que sus obras carecen del sello de la verdad, que él se guardaría muy mucho de poner en práctica sus ideas extravagantes y sus vagos sistemas, y de tomar en serio á un hombre que carecía de buen sentido y que sólo se propuso burlarse de todo y de enriquecerse á costa de la verdad y de la historia.

Para completar este cuadro hizo notar su orgullo sin límites, su egoismo increible, el menosprecio que hizo del pueblo y de la patria, la ausencia completa de sentido moral y el exagerado celo por la propagación de la impiedad, que es lo que más distinguía á Renán el apóstata; el que con su talento literario vino á ser en su género uno de los más grandes criminales de la humanidad.

Del discurso de M. Challemel Lacour ha resultado que M. Renán ha sido un pobre filósofo, un sabio dudoso y un charlatán grotesco. Esto mismo es lo que desde el año 1863 no ha cesado de decir la prensa católica al aparecer el tristemente célebre autor de la infame novela *Vida de Jesús.*

© Biblioteca Nacional de España

La Virgen de Lourdes y un ministro republicano.

Leemos en un periódico, firmado por un ilustre benedictino, los siguientes renglones, que creemos agradarán á nuestros lectores, haciéndoles saber que el que puso la pluma en la mano de Enrique Lasserre para narrar los hechos milagrosos de Lourdes, no fueron curas ni frailes, sino un protestante y furibundo republicano.

Enrique Lasserre se hallaba en inminente peligro de perder la vista. Su amigo íntimo Freycinet fué á visitarle.

—Yo, en tu lugar—le dijo—prescindiría por completo de los remedios humanos. Hace poco me hallaba yo en Cauterets, cuando oí hablar de la aparición de Lourdes. Personas fidedignas me aseguraron que el agua de Lourdes era verdaderamente milagrosa. Si yo fuese católico como tú, ensayaría ese remedio sobrenatural.

Lasserre le pidió tiempo para pensarlo. Días después Freycinet volvió á la carga:

—Vamos á ver: ¿por qué te empeñas en no pedir tu curación á Nuestra Señora de Lourdes? Te aseguro que hace prodigios.

El escritor dió la siguiente hermosa respuesta:

—Porque si la Virgen me devuelve la vista, me veré forzado á ser un santo, si he de agradecer dignamente tamaño beneficio.

La respuesta no convenció á M. de Freycinet, que pasados unos días volvió á importunar á su amigo, pareciendo como si los papeles se hubiesen trocado.

—¿Por qué no escribes al párroco de Lourdes para que te envíe el agua milagrosa?

Lasserre encontró todavía una candorosa excusa:

—Porque no tengo secretario, y mi ceguera me impide escribir.

—No te apures por tan poca cosa—respondió M. de Freycinet.—Y con aquella mano, que tantas órdenes ministeriales ha firmado, escribió al abate Peyramale.

Estas cartas autógrafas obran en poder de M. Lasserre.

Sabido es el desenlace. El agua fué enviada, el escritor recobró la vista; y para dar gracias á la Virgen escribió esas obras magníficas que han fomentado el amor y devoción á Nuestra Señora de Lourdes por todo el mundo, lo mismo en la culta Europa que en los vírgenes bosques de América y en las salvajes selvas de Oceanía.

El autor de *El Triunfo de Lourdes* nada nos manifiesta acerca del efecto que tan extraordinario milagro produjo en M. de Freycinet; pero añade el Benedictino: «A nuestra abadía de Solesmes vino á pasar unos días de piadoso retiro. Yo era entonces novicio, y á menudo me acuerdo de la edificante actitud del ministro republicano durante los oficios.» ¿Continúa el ex-ministro de la Guerra M. de Freycinet siendo protestante?

La discreción nos impone el deber de no añadir una palabra más y afirmar pura y simplemente que el anciano ministro es católico hace dos años.

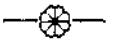
Quizá algún día digamos lo que hoy nos veda la discreción.

Su conversión á nadie debe admirar, porque el milagro que la produjo es de los más notables que registra la portentosa crónica de Lourdes. Pero, ¿por qué no ha abjurado públicamente sus errores? No puede decirse que su conversión haya sido interesada. Entonces, ¿por qué ese inexplicable respeto humano? Dios lo sabe.

En Hungría se extiende considerablemente el movimiento de las masas populares contra la ley del matrimonio civil.

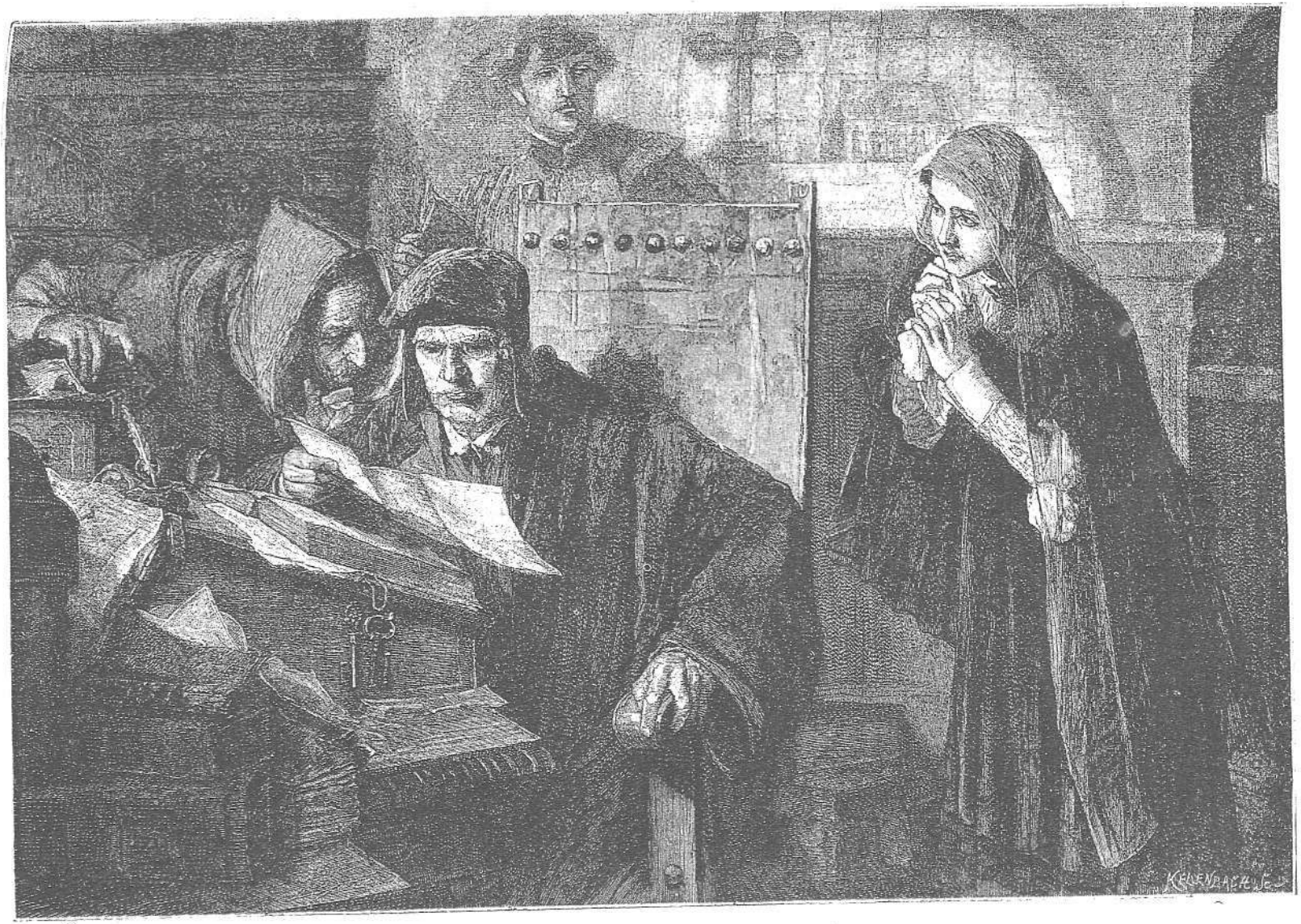
También, según dice *L'Univers* de París, en muchos distritos de Francia los electores han llamado á los diputados liberales para que expliquen su conducta nada conforme con lo que prometieron, lo cual ha sido una sorpresa para el partido liberal que no esperaba esta resistencia.

Quiera Dios que estos y otros hechos del mismo género abran los ojos de los católicos á unos para que vean el grandísimo mal que ocasionan al votar á candidatos impíos, y á otros para que salgan de su retraimiento y contribuyan al triunfo de hombres verdaderamente católicos.



En el año 1874 se contaban en Prusia 955 conventos de distintas órdenes, con 9.795 religiosos. Entonces el canciller Bismarck quiso que muriese el catolicismo en Prusia, y dió su célebre ley con la *piadosa* intención de

© Biblioteca Nacional de España



¡¡¡POBRE VIUDA!!!

© Biblioteca Nacional de España

que los conventos fueran cerrados y sus moradores dispersos. ¿Se han cumplido sus propósitos?

Según recientes estadísticas, en 1894 existen en Prusia 1.027 conventos y 14.000 religiosos, ó sea, 72 conventos y 4.205 monjes más.

Y entretanto que el catolicismo va viviendo allí, Bismarck se va acercando á las puertas de la muerte. Conque, ¿quién ha vencido á quién?

Al célebre *Canciller de hierro, inmortal diplomático, incomparable hombre de Estado*, etc., le salió aquella vez (como decimos por España) *el tiro por la culata*.

Vaillant ha muerto con la misma fanática entereza que sus antecesores los anarquistas ajusticiados.

No ha querido los auxilios de la Religión, y ha gritado al morir: «¡Viva la anarquía!»

Esto viene á ser una forma del suicidio.

Espíritus nutridos por el odio, desprecian la vida propia como la ajena, y matan y mueren como fieras.

¡He ahí los héroes del librepensamiento.

Los mártires de la fe sellaban con su sangre el pacto del amor á Dios y al prójimo.

Los mártires del anarquismo y del librepensamiento sellan su pacto de odio á todo cuanto existe.

De la sangre de aquéllos surgió un nuevo mundo iluminado por el sol de la caridad; de la sangre de éstos sólo puede surgir la barbarie destructora del género humano.

El cacareado racionalista inglés Herbert Spencer, al observar que los anarquistas autorizan con sus libros el empleo de la dinamita, comienza á cantar la palinodia. «Mi fe en las instituciones libres—dice—empieza á debilitarse, por el convencimiento adquirido de que ningún pueblo *posee el carácter apropiado para la libertad*.» ¿De veras? ¡Pues á buena hora ha hecho su merced tan donoso descubrimiento, cuando las víctimas de la dinamita han pagado *el pato de la libertad* y cuando todos los que tienen en qué caerse muertos, están que no les llega la camisa al cuerpo!

El escritor protestante M. Liebicher ha sido condenado por el tribunal de Posen á ocho días de arresto por la publicación de un artículo en contra de la Sagrada Túnica de Argenteuil.

El Centro Católico alemán ha formulado una protesta por la desigual repartición de los empleos públicos entre protestantes y católicos, pues sucede que los primeros son preferidos á los segundos, como lo prueba, entre otros hechos, el de sólo haber cuatro empleados católicos en el ministerio de Cultos.

El Centro, según parece, continuará defendiendo enérgicamente todo lo que se relaciona con el Catolicismo.

Para el próximo otoño se anuncia la reunión de un Congreso Eucarístico en Turín (Italia). La antigua capital del Piamonte se gloría en llamarse ciudad del Santísimo Sacramento, por un milagro que acaeció en la ciudad en el año 1493.

El Congreso estaba proyectado desde 1895, pero varias dificultades han impedido su celebración.

© Biblioteca Nacional de España

Sección Doctrinal

TEOLOGÍA POPULAR

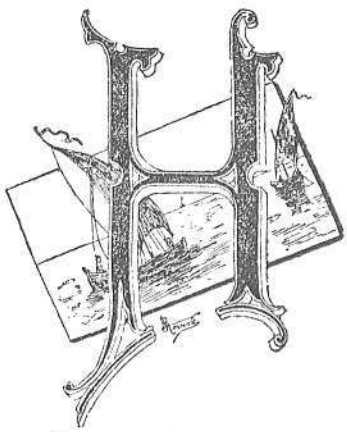
TRATADO I

Cuestiones acerca de Dios.

—

CUESTIÓN CUARTA

¿Cómo se declara la virtud creadora de Dios?



AS entrado en alguna Exposición universal, donde resplandecen mejor que en otra parte los frutos de la industria del hombre? ¿Has contemplado aquellas magníficas instalaciones donde campean con singular orden y simetría los mejores productos que han salido de las fábricas de paños, tapices, seda, algodón, quincalla, bisutería, relojería, maquinaria, con todas las demás obras de la industria y de las artes, así nacionales como extranjeras? Si el Dante se hubiera paseado por esos inmensos salones de nuestras Exposiciones universales, con mayor inspiración poética calificara á la industria de hija de Dios é imitadora de la virtud divina que creó, y conserva el universo. (Dante Alighieri: *El Infierno*, XI, 103.)

Pero dirás tú: «Con todo eso, el genio industrial no hace otra cosa que elaborar, modificar y hermosear las primeras materias. Es verdad: más esta modificación es sin duda algo nuevo que antes no existía; aquí hay algo que no estaba en la naturaleza; algo que sólo estaba en el ingenio y habilidad del hombre; aquí hay una especie de creación.

El hombre, aunque sea tan limitado en su ser, no lo es tanto en su inteligencia, por la cual es imagen y semejanza del Criador, y por la virtud de esta notabilísima facultad puede idear y realizar tantos frutos de su industria, modificando las primeras materias. Y ¿sabes por qué no puede producir la existencia misma de esas materias? Porque es limitadísimo en su propia existencia, y tanto, que, no sólo no puede crear un átomo de aire, pero ni aun puede conservar su propio ser, ni siquiera un cabello de su cabeza.

Sólo hay un Ser que carece de límites en su existencia: el Ser increado, Dios, el cual encierra en su existencia la perfección de todos los seres existentes y posibles. ¿Qué maravilla, pues, que pudiese crearlos? Si el hombre industrial, por encerrar en su talento la perfección de los productos de su industria tiene virtud para hacer cosas nuevas y nunca vistas, claro está que el Criador, por encerrar en su existencia perfectísima la perfección de todo lo que existe y puede existir, tiene virtud para crear cosas existentes que antes no existían. En una palabra: así como la industria humana puede producir obras de industria, así el ser divino puede producir nuevos seres. Los productos de la industria del hombre brillan durante algún tiempo en el reducido espacio de algunos metros cuadrados, que llamamos Exposición universal de París, de Viena, de Barcelona; pero las obras infinitamente más admirables de la virtud creadora de Dios resplandecen en la inmensa y permanente Exposición de todo el universo.

OBJECIÓN

El pozo de la nada, donde se ahogan los epicúreos.

No faltan sabihondos que, desconociendo por completo la virtud creadora del Omnipotente, le rebajan hasta la condición de un industrial, trayendo en su boca aquel axioma de los antiguos epicúreos: «De la nada, nada se hace.»

¡Atención! carísimo lector, que en este sofisma caen de patitas todos los que no llevan muy abiertos los ojos. No quiero que seas tú tan lerdo, que también entiendas las cosas al revés.

Cuando decimos que Dios creó el mundo de

© Biblioteca Nacional de España

la nada, no queremos decir que lo sacó de algún gran pozo vacío, donde no había nada. Cuando afirmamos que el soberano Artífice hizo de la nada todas las criaturas del cielo y de la tierra, no queremos significar que Dios tomase la nada en sus manos, como toma en ellas el barro un alfarero, y que á fuerza de manosearla, viniese á hacer de ella el sol, la luna, las estrellas y todas las demás cosas del mundo. Este discurso sólo puede salir de cabezas vacías.

¿Qué decimos, pues? Decimos que el Criador dió á aquellas criaturas la existencia que tienen y que antes no tenían. ¿Y por qué se la dió? Porque podía dársela. ¿Y por qué podía dársela? Porque la tenía en sí de un modo eminente y perfectísimo. Todas las cosas que existen y pueden existir estaban en Dios desde toda la eternidad, y antes de que hubiese mundo, desde el astro más colosal del firmamento hasta el más pequeño átomo del aire: más no estaban en él con el mismo ser material, grosero, limitado é imperfecto que tienen ahora, sino de otro modo perfectísimo como conviene al Ser de Dios infinitamente perfecto. No había en Dios tierra, pero tenía toda la perfección que hay en la tierra; no había en Dios agua, pero había toda la perfección del agua; no había en Dios fuego, ni luz, ni otra cosa alguna material; pero había en El todo lo bueno y perfecto que hay en estas cosas sin ningún defecto ni limitación.

¿Entiendes ahora cómo nada faltaba á Dios para poder hacer un mundo y mil mundos si quisiera? Y no vengas á replicar ahora que según esta doctrina, las criaturas sean como pedazos de Dios, que no se infiere esto de lo que hemos dicho. ¿Por ventura el mecanismo que hay en los hierros de una máquina es algún pedazo de cerebro del maquinista? Y con todo de su cabeza salió. ¿Por ventura la belleza que admiramos en los productos de la industria se ha hecho con los sesos del hombre industrial? Y, sin embargo, él ha producido esta nueva hermosura, que, por cierto, no existía en las primeras materias. ¿Por ventura la ciencia que un maestro produce en la cabeza de los discípulos es algún fragmento de la sabiduría que está en la cabeza del profesor? Nada de todo esto: porque el maestro se queda con toda la ciencia, aun después de haberla comunicado á los discípulos, y es esto tanta verdad, que sumada la sabiduría de los discípulos con la del maestro, no resultaría por eso una sabiduría mayor que la que tiene solo el maestro.

Concluyamos, pues, diciendo: «Basta que la maquinaria esté con mayor perfección en el ingenio del maquinista, para que pueda producirla en los hierros; basta que los procedimientos de la industria estén con perfección en el ingenio del industrial, para que pueda elaborar y transformar las primeras materias; basta que la ciencia se halle con eminencia en la mente del maestro, para que pueda comunicarla á todos sus discípulos, y basta, finalmente, que la *existencia* se halle de un modo eminentemente perfecto en el Ser increado, para que pudiese comunicarla con maravillosa fecundidad á todas sus criaturas.

FRANCISCO DE P. MORELL, S. J.

ASUNTOS CUARESMALES

EL AYUNO

—¿CONQUE V., Isidorito, ayuna toda la cuaresma, según me han contado?

—Señora, procuro cumplir el precepto.

—Pues yo, Isidorito, ya ve V. que soy buena, y, gracias á Dios, lo he sido siempre; pero lo que es eso de

© Biblioteca Nacional de España

ayunar, *francamente*, nunca he podido hacerlo.

—Y la Iglesia, señora, no obliga con este precepto del ayuno, como con ningún otro, á los verdaderamente imposibilitados de cumplirlo. V., sin duda, está en este caso.

—Claro que lo estoy. ¡Como que cuando he intentado ayunar, he sensentido una debilidad...!

—Algo más, señora, algo más habrá V. sentido indudablemente... Porque lo que es debilidad, creo yo que todos los que ayunan deben sentirla, pues es evidente que no se ayuna para engordar.

—Ah, no, Isidorito; yo creo que es V. de los exagerados... Mire V., mucho me gustan á mí los cristianos jóvenes y simpáticos como V.; pero los beatos... ¡Dios me libre de los beatos! ¡Por Dios, Isidorito, no sea V. beato!... ¿Querrá V. hacerme creer que todos los estómagos son iguales? Hay quien con una sola comida al día se pasa perfectamente... Pero yo no; yo necesito tomar mi desayuno, y luego almorzar de doce á uno, y después á las siete ú ocho comer, y aun á veces me hace falta un chocolate antes de acostarme... ¡Sin eso no puedo vivir!

—Lo cual, señora, yo no lo niego, V. tendrá sus motivos para creerlo así, y esos motivos serán, indudablemente, el dictamen de su médico de V. y la resolución de su confesor.

—Quita allá, Isidorito; ¿iba yo á ir á mi médico con esa embajada? Y los confesores, ¡buenos están los confesores para estas cosas! Los confesores no creen que una tenga hambre... Ya veo, ya veo que es V. de los beatos...

—Señora, ojalá fuese yo beato, palabra que significa bienaventurado. Pero, por desgracia, estoy muy lejos de serlo. Solamente procuro no faltar á los preceptos terminantes y explícitos de la Iglesia, v. gr.: oir misa entera los domingos, confesarme á lo menos una vez al año, comulgar por Pascua Florida y ayunar cuando la misma Iglesia...

—¡Pero, por Dios! ¿dejo yo acaso de ir á misa los domingos? ¿No me confieso? ¿No comulgo? Pero lo de ayunar no es tan indispensable...

—Señora, sin V. pensarlo, está incurriendo en herejía. El ayuno es un precepto tan explícito y riguroso como el de la misa, y el de confesarse. Y el que no se confiesa de no haber ayunado cuando debió hacerlo, hace una mala confesión. Esta, á lo menos, es la doctrina de la Iglesia.

—La de los beatos, querrá V. decir.

—No, señora, no; la de la Iglesia. Está V. en un error en este punto. El ayuno es de obligación rigurosa para los cristianos. Se funda en el ejemplo que nos dió Jesucristo en el desierto; es tan antiguo, que se cree de institución apostólica; enderézase á obligarnos á la penitencia, necesario para salvarse, y que muchos sin este precepto no practicarían jamás; es hasta higiénico en este tiempo de primavera, por más que no sea la higiene su fundamento, como dicen ahora por ahí algunos pedantes; y, finalmente, yo creo que faltar á todos los preceptos de la Iglesia es malo, pero que

© Biblioteca Nacional de España

faltar á este del ayuno, además de malo es bochornoso; porque es faltar á Dios por el estómago... ¡Cosa fea!

—Pues á pesar de eso, Isidorito, hay mucha gente que no ayuna.

—¿Y V. no sabe, señora, que habrá no mucha, sino muchísima gente en el infierno?

DE COMO UN MOZO DE CORDEL

SE HIZO EN POCOS DÍAS UN GRAN SANTO

¿Cómo? escucha esta narración: Pues, señor, este era un mozo de cordel de Roma, no mal cristiano, bastante infeliz, regular bebedor y tan forzudo, que podía tirar de un carro. Siempre estaba de guardia en la esquina de la plaza, con su esportilla para lo que pudiera ocurrir á los parroquianos; la gente del barrio le conocía por el *Esportillero*.

No iba tan á menudo á la iglesia quizá como debiera; pero un dia entró por ser la fiesta de Todos Santos, determinado á rezar por el alma de su madre, que le habia criado en el santo temor de Dios. Justamente, un sacerdote subió al púlpito mientras él rezaba; aquel sacerdote era San Felipe de Neri.

El Santo habló de lo necesaria que nos es la santidad, y repitió diez veces que «para morir santamente es preciso aprender á ser santo y vivir como santo». El *Esportillero* se aprendió de memoria la frasecilla, salió repitiéndola de la iglesia y no pudo olvidarla en todo el dia; le asaltaba en la esquina, cuando caminaba con la carga, en sueños y hasta en el banco de la taberna. *Para morir como santo hay que aprender á ser santo y vivir como santo.*

Y cansado de tanto cavilar, se resolvió á ponerse de aprendiz del nuevo oficio, creyendo que no le tendría nada que envidiar al oficio de esportillero, y se fué á casa del predicador que vivia en la casa del Oratorio.

Cuando se vió delante del predicador consabido, exclamó con sencillez:

—Mi amo, aquí vengo á ver si su merced me quiere enseñar el oficio de santo.

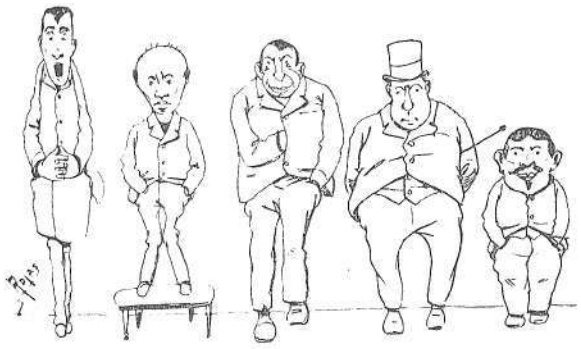
—Le han engañado, amigo mio—respon-

LIBERTAD

Quisisteis jaleos,
vivir y medrar
á costa del bueno
que trabaja en paz.
Y cuando lograsteis
un dia mandar,
ved las consecuencias
de la *libertad*.
Mirad, qué contentos
á presidio van
las víctimas tristes
de la *libertad*.

© Biblioteca Nacional de España

IGUALDAD



Mirad esos entes
que delante están,
y decidme luego
con sinceridad:
Por vueltas y vueltas
que les podáis dar
¿podréis reducirlos
á tamaño igual?
Pues es más difícil
el poder lograr
repartir sus *bienes*
con sabia *igualdad*.

dió aquél—todavia no lo soy, sino pobre pecador.

—¿Pues no es su merced D. Felipe de Neri?

—Eso si es verdad, me llamo Felipe de Neri.

—Entonces es vuestra merced el hombre santo que yo digo. ¿Qué hay que hacer para serlo?

San Felipe meditó un instante conmovido de tanto candor, consultó al Señor, y mirándole cariñosamente, le dijo:

—Dime, buen amigo, ¿sabes leer?

—*De corrido, de corrido, no señor*, como aquel que dice; pero con algunos tropezones ya calo lo que está escrito.

—Pues bien—continuó el santo—aqui tienes este libro; lee nada más que cuatro renglones, trata de aprenderlos bien y vuelve dentro de ocho dias.

—¿Y con eso saldré oficial?

—Si lo practicas bien, creo que si.

—Corriente. Hasta la vista, y gracias.

A los ocho dias volvió el *Esportillero*.

—¡Hola, amigo! ¿Aprendiste los cuatro renglones?—le preguntó el Santo.

—¡Aprenderlos, aprenderlos! La dificultad no está en aprenderlos—contestó el buen *Esportillero*.

—¿Pues en qué?

—Toma, en hacer lo que mandan. Por saberlos, bien de corrido que me los sé. Oiga su merced y verá: «Amarás á tu Dios, le adorarás con reverencia y perderás todas las cosas antes que ofenderle. No jurarás en vano su santo Nombre, ni blasfemarás. Santificarás las fiestas, oirás Misa entera...»

—Está bien, hombre. Tienes buena memoria.

—Lo que es por memoria... «No harás daño al prójimo, ni te achisparás, ni...

—Basta, basta, y... *al grano*. ¿Has hecho lo que mandan esos cuatro renglones?

—¡Ay, señor! Me costaba cada dia más que arrancarme una muela, pero al fin y al cabo lo he hecho como lo reza el libro.

—Hombre, bueno. Para ser aprendiz, bien empiezas; como sigas así, arremetiendo con lo que el libro dice, te armas y sales un buen oficial, Dios mediante.

—Lo que es por mí no quedará.

—Ea, pues, échate al coleto estos otros cuatro renglocillos, y hasta dentro de ocho dias. Vamos, valor y confianza en el Señor.

A los ocho dias ya no vino el *Esportillero*.

San Felipe empezó á inquietarse y á rogar á Dios por aquel bendito y sencillo ganapán.

Pasaron ocho dias más, y luego quince, y el mozo de cordel no parecia. San Felipe, que le habia cobrado afición, no esperaba volver á verlo más. «En medio de todo, pensaba el Santo, el pobre empezó bien, pero sin duda se ha acobardado, y echado á pasear el libro, *los cuatro renglones y el oficio nuevo*, que ya tenia cuatro bemoles.»

De repente escucha pasos estrepitosos en el corredor, como si pasara un carro, y oye que llaman á su puerta.

Era el *Esportillero*, que el Santo no conoció al principio. Arrastraba su cuerpo trabajosamente, apoyado en un palo, y llevaba debajo de la barba un pañuelo de hierbas anudado en lo alto del cogote. Sobre un pañuelo asomaban los carrillos amoratados, heridos, cicatrizados. En la nariz lucia dos ó tres chirlos, y su frente era toda un cónclave de cardenales.

—¿Qué te ha pasado, hijo mio?—exclamó San Felipe, asustado.—Y ¿quién te ha puesto así?

—¡Vaya! Vuestra merced, como el que dice: el caso es muy sencillo. Iba yo cargado con mi esportilla por la calle de Albano, cuando hete aquí que encuentro de frente un coche con dos caballos. Los animales, al ver mi esportilla cargada, se espantan, se encabri-

© Biblioteca Nacional de España

tan y dan al traste con el carruaje. Un señorito que guiaba se levanta, se encara conmigo, y furioso, me derriba con carga y todo, me revuelca en el barro, y me apalea durante diez minutos. ¡Ah, señor! Aquel caballero era para mí un alfeñique, y si yo hubiera querido agarrarle por la pretina, le hubiera podido aplastar de un coscorrón, como se quiebra un mal cacharro contra las piedras. Aquí están mis puños, que no me dejarán mentir, y que más de una vez han levantado en vilo una carga de cebada. ¿Tenía yo la culpa de que mi esportilla hubiese espantado

FRATERNIDAD

¡Sembrasteis espantos!
¡brotó la maldad!
¡creció la discordia!
¡se escondió la paz!
Y á limpio estacazo,
el que pudo más,
se erigió valiente
en autoridad.
¡Pues teneis la dicha
que tanto soñais!...
¿Queréis por ventura
más fraternidad?

á sus caballos? ¿No gano yo mi vida con la esportilla? Tentaciones me dieron de acogotarlo, pero acordéme de los cuatro renglones que iba yo repitiendo: «No volverás mal por mal, haz bien á tus enemigos, pon la mejilla derecha si te pegan en la izquierda» y tragué saliva. No tuve que ponerle la mejilla, porque él me las buscó y me las puso hinchadas como un pan. Callémé, señor, como un mudo, y recogí la carga cuando el otro se partió. ¿He cumplido con lo que el libro reza? Corríjame la plana, mi amo, si he faltado, que no he podido venir antes, porque ahora mesmo salgo del Santo Hospital, donde me he estado curando tres semanas.»

San Felipe, enternecido, admirado de tanto heroismo unido á tanta simplicidad, abrazó con lágrimas en los ojos al *Esportillero*, le ofreció curarle, y le propuso que se quedara en su compañía para ser religioso como él, con lo cual acabaría de aprender el oficio de santo.

El *Esportillero*, lleno de agradecimiento, se echó á llorar, y se arrodilló á los pies de San Felipe, espantado de aquella proposición, de que se creía indigno. Aquellos dos hombres, el maestro y el aprendiz, no se separaron más.

El *Esportillero* llegó á ser lego del Oratorio, y edificaba á todos por su humildad, su obediencia y su fervor.

Había querido aprender el oficio de Santo, y Dios le había facilitado el camino. A los veinte años de religión murió rico de obras buenas y en olor de santidad.

JOSÉ M. CASTILLO, S. J.

OCURRENCIAS

Cuatro masones, yendo de viaje, se encuentran á la entrada de un pueblo; allí estaba el templo, á la puerta, ó en el atrio, un monaguillo que jugaba á la pelota.

—Oye, chico—le dice uno de ellos—¿qué casa es esta tan grande?

—Esa no es casa—le contestó el monaguillo—sino que es el templo.

—Y el *pae Cura*—le pregunta otro con sarcástica sonrisa—¿está muy gordo?

—¡Pues no ha de estar!... Como que es un señor de morigeradas costumbres, hasta el agua le engorda.

—¡Mirad que tuno!—dice otro de los del triángulo.—¿Cómo te llamas?

—Yo nunca me llamo, sino que me llaman.

Incomodados los masones por verse burlados de un chico, exclamó el que hasta entonces no había hablado:

—¿Sabes tú, niño, á dónde van á parar los bribones?

—Sí, señor: primero á la masonería, y después al infierno.

Y se metió corriendo en el templo.

Establecimiento tipográfico de Agustín Avrial, S. Bernardo, 92.—Teléf. 3.074

© Biblioteca Nacional de España